

¿Dónde llegará la "marea rosa"?

Pereira da Silva Fabricio.

Cita:

Pereira da Silva Fabricio (2010). *¿Dónde llegará la "marea rosa"?*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/462>

¿DÓNDE LLEGARÁ LA “MAREA ROSA”?

Fabricio Pereira da Silva¹

Área: Política Comparada / Procesos Políticos en América Latina

Trabajo preparado para su presentación en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Buenos Aires, 28 a 30 de julio de 2010.

¹ Profesor Investigador en la Universidade Federal da Integração Latino-americana (UNILA). Correo: fabriciopereira31@gmail.com.

Resumen: La intención de esa ponencia es apuntar ejes analíticos para comprender el fenómeno de la asunción de partidos, movimientos y liderazgos de izquierda a gobiernos nacionales en América Latina – llamada aquí “marea rosa”. Primero, delimito factores que conjuntamente pueden explicar la asunción de las izquierdas latinoamericanas al poder – y con base en eso destaco algunas diferencias entre los casos nacionales. Enseguida, presento algunos ejes que podrían guiar el análisis de los “gobiernos progresistas” de la región. Por fin, propongo algunas proyecciones acerca de las posibilidades de reproducción de los “gobiernos progresistas”.

La política latinoamericana fue caracterizada en la última década por la asunción de partidos, movimientos y liderazgos de izquierda a gobiernos nacionales. Esa asunción, por su relativa sincronía y delimitación regional, constituye en sí misma un proceso sociopolítico único, que puede ser comprendido en su conjunto (una “ola” de izquierda a recurrir la región), con muchas características coincidentes – pero con sus especificidades locales. El fenómeno fue llamado por algunos analistas la “marea rosa” latinoamericana (conferir, por ejemplo, Panizza, 2006). La evidente inspiración viene de la asunción de partidos de centroizquierda europeos al poder en la segunda mitad de los años 1990, nombrada por analistas de la misma manera. Si el fenómeno latinoamericano, en una mirada más profundizada, no tiene mucha relación con el europeo, exigiendo ser comprendido por sí mismo, por lo menos la expresión puede ser mantenida.

Sin embargo, más allá de la forma como el fenómeno puede ser llamado, lo que debe ser destacado es su carácter inédito, que deriva tanto del número elevado de países donde se ha expresado, cuanto del fato de haberse manifestado a través de victorias electorales. Sería desnecesario e exhaustivo recordar el sin número de convulsiones sociales que asolaron a Latinoamérica al largo del último siglo en nombre de las izquierdas o del combate dado a ellas. Sería igualmente desnecesario e exhaustivo describir las dificultades de las izquierdas en integrarse a los sistemas políticos y a la disputa democrática. En pocas palabras, había hasta entonces una dificultad de las izquierdas latinoamericanas en ser aceptadas en las frágiles democracias de la región (cuando ellas existieron o ensayaron existir), y al mismo tiempo en aceptarlas de buen grado.

La “marea rosa” empezó todavía en la década de 1990, con la elección de Hugo Chávez en 1998. Chávez, fundador del personalista Movimiento V República (MVR), llegó al poder en medio del colapso de las instituciones y partidos “tradicionales”. Enseguida, Ricardo Lagos, oriundo del Partido Socialista de Chile (PSCh), fue elegido en 2000, representando una inflexión a la izquierda en la Concertación, alianza que gobernaba el país desde el retorno a la democracia en 1990. En 2002, Luiz Inácio Lula da Silva, del Partido dos Trabalhadores (PT), fue elegido en Brasil. En la Argentina, Néstor Kirchner fue elegido presidente en 2003, y buscó gobernar como parte integrante de ese giro a la izquierda – a pesar de las evidentes dificultades en considerarse de izquierda a un gobernante oriundo del peronismo. Tabaré Vázquez, del Frente Amplio (FA), ganó las elecciones uruguayas en el 2004. En 2005, Evo Morales, del Movimiento al Socialismo

(MAS) de Bolivia, ganó las segundas elecciones que disputó, como punto culminante de la crisis político-social vivido por el país en los años anteriores. El año siguiente, Rafael Correa llegó al poder en el Ecuador, después de fundar un movimiento con el intuito de disputar las elecciones presidenciales, el Patria Altiva y Soberana (PAÍS), también en medio de un colapso de instituciones y partidos “tradicionales”. En el mismo año, Daniel Ortega y su Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) regresaron al poder en la Nicaragua, en ese turno por medios electorales. El activista social Fernando Lugo llegó al poder en el Paraguay en 2008 encabezando un frente de movimientos sociales, sindicatos y partidos de oposición, cerrando una hegemonía de seis décadas de los colorados. Por fin, el año siguiente Mauricio Funes, del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), llegó al poder en El Salvador.

Como es posible constatar por su envergadura, esa es una tendencia que marcó la política latinoamericana en la última década, de la misma forma que la expansión de las políticas que se acostumbó llamar “neoliberales” había marcado la década de 1990. Para reforzar esa afirmación, una característica notable de la asunción de fuerzas de izquierda en la región fue su capacidad de reproducción inmediata. Los presidentes y partidos que fueron testados en elecciones nacionales pudieron reelegirse o elegir sus sucesores. Chávez (2000 y 2006), Lula (2006), Correa (2009) y Morales (2009) fueron reelegidos. Lagos fue sucedido por Michelle Bachelet, también del PSCh, elegida en 2006. Kirchner pudo apoyar su esposa, Cristina Kirchner, como su sucesora, elegida en 2007. El FA eligió en 2009 otro presidente de sus internas, José “Pepe” Mujica. El desarrollo de los “gobiernos progresistas” y la reproducción de la “marea rosa” en el tiempo amplían el número de cuestionamientos que pueden emanar de ese fenómeno. Más allá de comprender las razones de su inédita asunción, un balance preliminar de sus gobiernos ya puede empezar, así como es posible cuestionar hasta qué punto llegaría la capacidad de reproducción de esos gobiernos en el futuro próximo.

La intención de ese artículo es apuntar ejes analíticos para la comprensión de esos problemas. Desde ya, clarifico que, por la complejidad de los fenómenos y por las limitaciones de espacio, la intención es literalmente sugestiva. El artículo está estructurado de la siguiente forma. Primero, destaco factores que conjuntamente pueden explicar la asunción de las izquierdas latinoamericanas al poder – y con base en eso destacar algunas diferencias entre los casos nacionales. Enseguida, presento algunos ejes que podrían guiar el análisis de los “gobiernos progresistas” de la región, ejercicio que se inicia tímidamente entre la literatura especializada. Por fin, a partir de todo lo que fue expuesto, propongo algunas proyecciones acerca de las posibilidades de reproducción de los “gobiernos progresistas”.

*¿Qué explica la “marea rosa”?*²

Para comprender la asunción de las izquierdas latinoamericanas a gobiernos nacionales en los últimos años, es necesario, antes de todo, abordar algunos cambios más propiamente estructurales que se dieron en las últimas décadas y favorecieron la referida asunción.

² El contenido de esa sección, aquí presentado sumariamente, fue desarrollado en mi tesis de doctoramiento en Ciencia Política, intitulada “Vitórias na crise: trajetórias das esquerdas latino-americanas contemporâneas”, defendida en el Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ).

En primer lugar, la (re)democratización ocurrida en la región, principalmente en la década de 1980. Después de trayectorias largas y complejas, la literatura especializada pudo concluir que los procesos de “transición” y “consolidación” (como aquella literatura nombró) de las democracias latinoamericanas habían llegado a una conclusión (Linz, Stepan, 1999). Aunque marcado por notables limitaciones institucionales y sociales (O’Donnell, 2004), ese proceso dejó espacio a la emergencia y estructuración de fuerzas opositoras “viables”. Esas pudieron desarrollarse y participar de segundas elecciones en diferentes niveles y relativamente limpias, y ocupar espacios de poder local y en los parlamentos. Finalmente, la llegada de algunas de esas fuerzas al poder, específicamente las asociadas a la izquierda del espectro político, demostró que las democracias latinoamericanas poseían alguna vitalidad. Incluso en los países que enfrentaron colapsos institucionales y presenciaron disoluciones de sistemas de partidos, la salida de la crisis se dio por medios electorales (aunque enseguida las mismas instituciones tengan sido profundamente reformadas por los nuevos ocupantes del poder).

Otro factor que dio espacio para un potencial avance de las izquierdas en las democracias latinoamericanas fue el ocaso de la “Guerra Fría”, con la derrocada del “socialismo real” y consecuente fin del mundo bipolar. Si la quiebra del “mundo socialista” y la crisis del pensamiento marxista fueron traumáticas incluso para las izquierdas que no eran íntimamente relacionadas a los referentes prácticos y teóricos del socialismo, por otro lado, abrieron la posibilidad específicamente para las izquierdas latinoamericanas de actuar en democracias menos “bloqueadas”. Con el ocaso de la “Guerra Fría”, hubo una especie de liberación práctica y simbólica en la región, en la medida que la interferencia norteamericana en su vieja “zona de influencia” directa, no se agotó pero por lo menos manifestó cierto reflujo, o empezó a manifestarse de otras formas (Castañeda, 1994; Sader, 2009):

Um dos indicadores do tipo de restrição que a Guerra Fria impunha à América Latina está expresso no desaparecimento das intervenções militares no pós-Guerra Fria e a consequente erosão do poder dissuasório que os militares detinham com respeito à dinâmica política democrática e à expansão da cidadania social. Nesse novo contexto, governos populares puderam não apenas ser eleitos como também exercer seus mandatos (Lima, 2008, p. 11).

Si nuevas posibilidades y espacios estaban abiertos, eso no significaba que ellos serían necesariamente ocupados por actores concretos. Sin embargo, eso fue lo que efectivamente ocurrió. Y el espacio fue ocupado por actores que guardaban diversas características en común, que los volvieron mejor adaptados al nuevo ambiente en lo cual se desarrollaron. Destaco a seguir cuatro órdenes de factores.

Los más importantes representantes de las izquierdas del subcontinente, los que constituyeron gobiernos nacionales, se alejaron de los tradicionales modelos organizativos asociados a ese cuadrante político: sea el modelo “clasista de masas” (característico de la socialdemocracia europea en su fase “clásica”), tradicionalmente asociado a los sectores de centroizquierda o de izquierda democrática, sea el modelo “leninista”, asociado a las organizaciones comunistas (Gunther, Diamond, 2003). Al alejarse de esos formatos organizativos, se alejaban de modelos poco adaptables a la modernidad contemporánea, a su nueva fase, de la cual el subcontinente es parte integrante, aunque de forma creativa y específica

(Domingues, 2009). Por ser poco flexibles, y calcados en movilización colectiva y en identidades sociales ahora en disgregación, los referidos modelos “clásicos” de las izquierdas serían poco adecuados a una realidad progresivamente marcada por un incremento de la complejidad social y por identidades y subjetividades colectivas más flexibles y heterogéneas. Sin embargo, si esas izquierdas se alejaban de modelos organizativos poco adaptables, ellas no lo hicieron en la dirección de un único nuevo modelo. Todo lo contrario, asumieron formas diversas (hasta cierto punto “híbridas”), en acuerdo con las realidades locales, y no más a partir de una “fórmula” universal.

Las izquierdas más relevantes del subcontinente igualmente se alejaron de los modelos ideológicos tradicionales de ese campo político, específicamente de las experiencias del llamado “socialismo real” y del marxismo (-leninismo) como ideología “oficial”, en cierto sentido “nacionalizándose”. Considerándose la ya mencionada crisis del ideario marxista y derrocada del “socialismo real”, la relativa “independencia” simbólica permitió el alejamiento de referencias en franco colapso y la adecuación a la creciente fluidez y heterogeneidad social de la modernidad contemporánea. Se abrió, sobretodo, la posibilidad para la ampliación de los sectores sociales que esas izquierdas pretenden representar, potencialmente aumentando sus bases sociales y electorales. Se manifestó, efectivamente, un creciente pluriclassismo y supraclassismo entre ellas. Más allá de la potencial ampliación de los sectores aliados, con la inclusión de camadas medias y de sectores “productivos” de la burguesía, es notable el recurso a referencias como “pobres”, “ciudadanos”, “pueblo” o “nación”.

Mientras tanto, en un sentido “mínimo”, esas izquierdas se afirmaron demócratas y aceptaron participar del “juego democrático” – lo que a algunos analistas y/o adversarios costaría admitir. Con eso, se alejaron de la imagen comúnmente asociada a izquierdas de todos los cuadrantes, en especial las del subcontinente. Las izquierdas latinoamericanas actuales aceptaron la democracia en sus aspectos representativos, adentraron en la disputa democrática, y fueron aceptadas como adversarios por sus contendores (algo difícil hasta poco tiempo en la región). Así, esas izquierdas se adaptaron a la (re)democratización en el subcontinente, sacando provecho de sus posibilidades – que se mostraron, en fin, más fructíferas de lo que algunos sectores críticos más recalcitrantes tienen la costumbre de admitir.

Por fin, otra característica común fue el antineoliberalismo de esas izquierdas, lo que les permitió preservar su carácter alternativo y opositor en medio a las intensas reformulaciones descritas. Si esas izquierdas son distintas, en diversos puntos, de las tradiciones de ese campo político, se podía esperar que hubiera el riesgo de alejamiento total de aquella identidad, llevando a la pérdida de bases sociales populares mientras nuevos sectores heterogéneos eran atraídos. El antineoliberalismo tendría actuado como un “dique de contención”, no permitiendo que se estableciera un juego de “suma cero”, les garantiendo el papel de oposición ubicada a la izquierda del espectro político, al mismo tiempo que viejas estructuras, valores e identidades eran renovados en los partidos de más larga duración, o simplemente no se manifestaban en los movimientos de formación reciente. Se puede afirmar así que el antineoliberalismo sirvió simbólicamente de “farol” y de denominador común aglutinador, en medio a la “niebla” de las grandes transformaciones ocurridas en la última cuadra histórica. Adicionalmente, sirvió de catalizador de votos y apoyos cuando el neoliberalismo empezó a dar señales de agotamiento en la región y en el mundo.

En estrecha relación con esos factores, se debe abordar la crisis de legitimidad de instituciones y sistemas partidarios en diversos países latinoamericanos, notablemente en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Tal crisis en diversos países parece tener ofrecido una ventana de oportunidad a algunos movimientos y nuevos partidos de izquierda, que surgían como alternativas a partidos considerados “tradicionales”. En medio de un proceso de pérdida de legitimidad de partidos y formas de representación tradicionales y de colapso de los sistemas partidarios vigentes hasta entonces, esos nuevos movimientos y liderazgos pudieron canalizar el descontentamiento popular. Asimismo se debe cuestionar si hay relación entre esos procesos regionales y lo que buena parte de la literatura especializada define como una crisis general de la representación partidaria³, problema que no cabe en estas páginas.

Cuando trato aquí de “crisis” me refiero a un movimiento estructural, “orgánico”, en lo cual se manifiesta una crisis de dirección político-social, algo notable específicamente en Bolivia, Venezuela y Ecuador. En esos países, el modelo neoliberal y el bloque de fuerzas que lo sustentaba fueron fuertemente contestados (lo que se manifestó en menor medida por todo el subcontinente). Sin embargo, no es solamente con el fracaso del modelo neoliberal que esas crisis se relacionan, es también con el agotamiento de formas de organización estatal, dominación social, baja inclusión político-social y monopolio partidario, expresos en más largas duraciones. En esos países, se constata una “crisis de hegemonía”, una “crisis del Estado en su conjunto” (Gramsci, 2002, v. 3, p. 60), que está lejos de ser solucionada, posiblemente extendiéndose por un largo período.

Con la seguida llegada al poder de partidos, movimientos y liderazgos de izquierda en América Latina, la literatura especializada empezó a elaborar análisis y tipologías para explicar ese fenómeno. Una de las características más comunes en los trabajos en torno de las izquierdas latinoamericanas actuales parece ser el deseo de establecer tipologías clasificatorias. Sin duda, la más común es la que sugiere la existencia de “dos izquierdas”, una “socialdemócrata” o “demócrata” y otra “populista” o “autoritaria”, dicotomía propuesta por algunos estudiosos con intención cuasi siempre normativa, en la cual la primera es entendida como la izquierda “buena” y la otra como la “mala”. Organizaciones como el PSCh, el PT y la FA en general son asociadas al primer grupo, mientras el MAS, el MVR (más tarde Partido Socialista Unido de Venezuela, PSUV) y el PAÍS integran la segunda. La FSLN y la FMLN, cuando consideradas, son posicionadas por veces en una banda de la escala, ora en otra. Buenos ejemplos de tipologías de ese tipo fueron formulados por Castañeda (2006), Petkoff (2005) y Lanzaro (2009), entre muchos otros.

³ En buena medida, la literatura especializada se dedicó a renovar el “clásico” modelo de “partidos de masas” de Duverger (1970) con base en los cambios partidarios ocurridos más recientemente en la Europa Occidental – sin embargo, poco se ha cuestionado acerca de su eficacia para otras experiencias partidarias periféricas. Fue diagnosticada la creciente dilución del “partido de masas”, y el surgimiento de variaciones a partir de él. Surgieron definiciones como la del partido “atrapatodo” (el *catch-all's people party* de Kirchheimer, 1966, desde entonces llamado *catch-all*) o el “profesional-electoral” (de Panebianco, 1988). Esas definiciones apuntan para la dilución del carácter clasista de los partidos; la progresiva valoración del momento electoral en detrimento de su papel socializador; la consecuente profesionalización de las estructuras dedicadas a la arena electoral y la reducción del papel de los miembros en ese y en otros campos de la actividad partidaria; la cartelización del aparato estatal que tendría creciente peso como financiador de las actividades partidarias en detrimento de la militancia; y el surgimiento de nuevos partidos con carácter empresarial con el objetivo de penetrar en los sistemas partidarios “cartelizados”.

Debatí esa cuestión con más profundidad en otros trabajos (en especial Silva, 2009, donde analizo la literatura especializada en las izquierdas latinoamericanas contemporáneas). Aquí debo simplemente destacar que considero que esas izquierdas constituyen un “conjunto” único, pero se dividen en dos “subconjuntos”: las “renovadoras” y las “refundadoras”. Entre las primeras ubico el PT, el FA, el PSCh, el FSLN y el FMLN, a los cuales se agregan hasta aquí los sectores políticos en el poder en la Argentina y en el Paraguay. Entre las segundas, clasifico el MAS, el MRV/PSUV y el PAÍS. Las primeras son caracterizadas por un grado más grande de institucionalización, de integración al sistema político, de aceptación de las instituciones de la democracia representativa en la forma “realmente existente” en sus países y por la crítica moderada al neoliberalismo. Las segundas son caracterizadas por un nivel más bajo de institucionalización, de integración al sistema político, por la integración crítica a las instituciones de la democracia representativa y por la crítica radical al neoliberalismo. Las primeras pretenden “renovar” la política y el gobierno de sus países con un abordaje más igualitario, estatista y ético. Las segundas proponen “refundar” sus institucionalidades, sus sistemas partidarios y el Estado como un todo, superando más radicalmente el *status quo* vigente en el momento en que llegaron al poder, asociado a un colapso de los sistemas partidario e institucional.

Se espera que la clasificación propuesta se aleje de las dicotomías defendidas por gran parte de la literatura especializada, pues ella fue elaborada bajo el principio de que, en un sentido mínimo, todas esas izquierdas son democráticas, y la recusa, por otro lado, de conceptos polisémicos y acusatorios como el de “populismo”. Creo que esos ejes no constituyen principios apropiados para estructurar una tipología de esa naturaleza, siendo más interesante destacar la gestación de proyectos distintos, que se explican por las diferencias entre los actores y organizaciones, pero también por coyunturas, institucionalidades y temporalidades distintas. La diferenciación propuesta es más descriptiva que normativa y tiene un carácter dinámico. Ella parte de bases distintas y reconoce las semejanzas entre los casos. La diferenciación propuesta busca, sin embargo, destacar que las izquierdas gobernantes latinoamericanas integran subconjuntos potencialmente mutables, y no conjuntos alejados y estancados.

Es evidente que las diferencias destacadas no se explican apenas por el voluntarismo de los agentes sociales. Lo que queda claro es que los partidos que se insirieron en estructuras institucionales relativamente estabilizadas tendieron a una más grande institucionalización, a una moderación y valorización de la representación, realizando (en un espacio de tiempo relativamente corto) trayectorias en dirección al centro del espectro político para captar votos y apoyos. En los países con sistemas partidarios más estables, en los cuales los partidos continúan actuando como los conductores de los procesos electorales, las izquierdas desarrollaron organizaciones más estructuradas, competitivas e integradas “de forma a evitar o transbordamiento de conflicto político e contribuir para a sua moderação” (Anastasia, Ranulfo, Santos, 2004, p. 35). Mientras tanto, organizaciones recién fundadas (como el MVR y el PAÍS) o de corta trayectoria (como el MAS) sacaron provecho de institucionalidades en colapso para construir mayorías, sin la necesidad o la posibilidad de enfrentaren un proceso de institucionalización y de moderación. Adicionalmente, sobretudo el MAS llegó al poder en el auge de la iniciativa de movimientos sociales, todavía en el medio de largos ciclos de protesta. Así, estructuras y temporalidades distintas son importantes factores explicativos de las diferencias entre esas izquierdas.

“Gobiernos progresistas”: la hora del balance

Las cuestiones puestas por la literatura especializada al largo de la década que se cierra visaron comprender la asunción de esas izquierdas y sus diferentes manifestaciones. Sin embargo, es de esperarse que progresivamente el foco deba volverse al análisis más concreto de sus experiencias de gobierno. Algunos análisis nacionales y comparados ya empiezan a surgir en ese sentido (conferir, por ejemplo, Moreira, Raus, Leyton, 2008; y Lima, 2008). En la medida que empecen a refluir la “marea” de izquierda y a gestarse nuevas alternativas (algo natural en un ambiente democrático), la necesidad de una evaluación de esas experiencias se va a imponer con todavía más fuerza. Así, es razonable suponer que la realización de un “balance” del primer ciclo regional de gobiernos de izquierda de la historia de América Latina constituirá una tendencia creciente de la literatura especializada en los próximos años. Enseguida, apunto en carácter preliminar algunos factores que podrían servir de núcleos centrales para la caracterización de los “gobiernos progresistas” latinoamericanos. A partir de eso, procuro apuntar eventuales diferencias entre los gobiernos constituidos por las izquierdas anteriormente definidas como “renovadoras” y los formados por las izquierdas llamadas “refundadoras”.

Innegablemente, como afirma Lima (2008), “políticas de inclusão social amplas e generosas constituem um elemento comum e definidor desses governos” (p. 13). Tratase de políticas sociales que no constituyen un retorno al arremedo de Estado de bienestar social de algunas naciones latinoamericanas atacado en las décadas anteriores. Esas políticas apuntan efectivamente para inversiones sociales que no pueden ser consideradas promotoras de derechos, ni son basadas en concepciones universalistas (en el límite, en una “casi-universalización” por su monto de beneficiados). Sin embargo, tales inversiones parecen tener su impacto en los indicadores sociales regionales. Con eso, avances sociales apenas moderados pueden ser considerados un primer denominador común de los “gobiernos progresistas”.

En ese sentido, se evaluamos estos resultados hasta el momento, todos los países en cuestión tuvieron avances moderadamente positivos (aspecto evaluado en Sant’Anna, Silva, 2008). En resumen, la desigualdad social viene bajando lentamente en la región, mientras la pobreza presenta una reducción más vistosa. Si utilizamos el criterio de la promoción de la igualdad como parámetro de evaluación – en la medida que, resumidamente, la defensa de la igualdad sería el principal definidor de las izquierdas según Bobbio (1995) – constatamos que en la práctica muchos de ellos sólo podrían ser considerados “de izquierda” en un sentido moderado. De eso deriva la preferencia por la utilización aquí del término “progresista” para nombrar esos gobiernos: la expresión “gobiernos de izquierda” sería polémica en algunos casos, posiblemente no adecuándose a todas las administraciones construidas a partir de la victoria electoral de fuerzas de izquierda en la región.

Otro factor de proximidad entre los “gobiernos progresistas” podría ser su actuación internacional. En cierto sentido, ellos buscaron una mayor autonomía cuanto a organismos internacionales – como el Fondo Monetario Internacional (FMI) –, y en algunos casos una más grande inserción en las discusiones en torno de la regulación global. En las relaciones internacionales, buscaron alternativas económicas y políticas al peso de la influencia

norteamericana, incrementando sus relaciones con la Unión Europea, los “países emergentes” y la periferia global. Por fin, bloquearon en la práctica el proyecto de integración económica continental (Alianza de Libre Comercio de las Américas, ALCA) que era propuesto por los EUA cuando la “marea rosa” empezó a formarse.

Como corolario de ese cambio, los referidos gobiernos valoraron alguna modalidad de integración regional, proponiendo y volcándose en la construcción de organismos como la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA) y la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Sin embargo, sería posible esperar que esos proyectos avanzaran más rápidamente, y que esos gobiernos insistieran aún más en la integración, poniendo en ella un énfasis más estructural – por ejemplo, integración de la infraestructura y circulación de personas. Sin esperar que la asunción de las izquierdas apuntase automáticamente en esa dirección, y reconociendo que hubo avances en ese tema, considero que esos gobiernos deberían insistir en la alternativa de la regionalización y hasta mismo en formas de “supranacionalidad”, en la medida que estrategias autosuficientes de desarrollo nacional parecen inviables hoy día.

Por fin, si todas las izquierdas analizadas se opusieron a las experiencias neoliberales anteriores, sus gobiernos, más que simplemente tener que convivir con el legado dejado por aquellas experiencias, no consiguieron hasta el momento superarlas en definitivo – mismo entre los “refundadores” y sus esporádicas defensas de un indefinido “socialismo del siglo XXI”. Hay una negación total o parcial de las experiencias neoliberales de la década anterior, pero en la práctica es visible hasta aquí una dificultad en superarlas definitivamente. En efecto, el “núcleo duro” de las políticas económicas de los gobiernos anteriores, especialmente mecanismos de mantenimiento de la estabilidad económica, fue poco modificado por los “gobiernos progresistas” (con la excepción parcial de la Venezuela en los últimos años, con un estatismo más fuerte y algunas políticas económicas más “voluntaristas”).

Sin embargo, más allá de las dificultades con el legado neoliberal, los “gobiernos progresistas” de manera general realizaron una “recuperación discursiva y práctica (política) del Estado en términos de intervención en la vida del país” (Moreira, Raus, Leyton, 2008, p. 12). En el cimiento de esa recuperación, la idea esposada en la década anterior por los gobiernos neoliberales de una intrínseca “perfección” de los mecanismos de mercado cede lugar a un reconocimiento de la necesidad de regular y complementar el mercado con la actuación estatal. En ese proceso, introdujeron reformas y elementos heterodoxos en diversas áreas. Investigar esas novedades institucionales podrá convertirse en una interesante área de estudios para la literatura especializada, que podrá informar sobre las tentativas de construir alternativas en el quehacer de la gestión estatal y de las prácticas políticas.

Con eso, también cuánto al desempeño de gobierno, las semejanzas entre las diversas experiencias parecen ser tan significativas cuanto sus diferencias. La rápida comparación de los “gobiernos progresistas”, aquí introducida, demuestra que el necesario cambio en la región más desigual del mundo parece seguir más lenta de lo que se podría desear. Sin embargo, se pueden apuntar también algunas diferencias entre los gobiernos. Se puede afirmar que todas las izquierdas que llegaron al poder en América Latina son “reformistas” en el sentido más tradicional del término, en la medida que todas llegaron al poder por la vía legal y, de una forma o de otra, gobiernan dentro de los límites democráticos y, por otro, ellas no caminan con claridad (hasta aquí) en la dirección de la superación del sistema económico-social capitalista. En ese sentido, ambos los “modelos” de izquierda en el continente se traducen en procesos de reforma.

Sin embargo, algunos proponen reformas que no cuestionan y superaran en definitivo al neoliberalismo, mientras otros proponen reformas articuladas con la meta de refundar el “Estado em torno da esfera pública, de modo a possibilitar a constituição de um novo bloco de forças no poder e o avanço na resolução da crise hegemônica na direção pós-neoliberal” (Sader, 2009, p. 129).

Aquí se ubican las diferencias entre los “gobiernos progresistas”. Las izquierdas aquí denominadas “refundadoras” se diferenciaron de las “renovadoras” cuanto a la reconstrucción de la institucionalidad y a la reconfiguración de las relaciones de poder y de sus sistemas partidarios. Esas diferencias pueden ser consideradas de más aliento (aunque no necesariamente “estructurales” en el sentido clásico del término), en la medida que vienen produciendo grandes transformaciones político-institucionales en esos países. Además de eso, en ese proceso esas izquierdas adoptan discursos y por veces prácticas más “rupturistas”, mientras las “renovadoras” se muestran más “gradualistas”.

Moreira, Raus y Leyton (2008) definen de forma interesante las diferencias advenidas de eso. Según ellos, los gobiernos liderados por las izquierdas que aquí llamo las “refundadoras” tenderían en primer lugar a enfrentar con más decisión prácticas, referencias ideológicas e instituciones legadas por los gobiernos neoliberales. En ese sentido, serían económicamente más heterodoxos (especialmente Venezuela), sin abandonar el “núcleo duro” anteriormente referido. En segundo lugar, valorarían más las relaciones con las subjetividades colectivas y la interpelación de identidades colectivas (principalmente el “pueblo” y la “nación”) que individuales (como el “ciudadano”). En tercer lugar, procurarían basarse más en la movilización de manifestaciones de apoyo popular y en las relaciones directas con la población de que en partidos, y poseerían clara vocación “hegemónica” (por veces más impositiva que negociadora). En ese sentido, la política de esos países demoraría a “normalizarse”. Eses gobiernos efectivamente generarían una fuerte polarización política basada en el apoyo o oposición a ellos, que, sin embargo, no se traduce todavía en nuevos sistemas partidarios estables, especialmente por parte de la oposición. En cuarto lugar, serían más “decisionistas”, poseyendo una más grande tentación en la dirección de la centralización del poder – sin que eso implique en “trasvasar las formas y los límites de la democracia” (p. 18) –, generando con eso una dificultad en producir consensos y un incremento de la confrontación y de la posibilidad de aislamiento. Finalmente, invirtieron más en la integración regional y en la independencia en relación a los EUA.

Tiendo a concordar sin grandes resalvos con las cuatro primeras características apuntadas por los autores y a discordar de la última. En ese punto, considero no haber grandes diferencias en términos de integración regional entre los casos (a excepción del gobierno de la Concertación en Chile, que combinó la búsqueda de integración regional con la realización de acuerdos comerciales bilaterales como forma de inserción a la globalización). Los gobiernos liderados por los “refundadores” asumen un discurso anti-imperialista que no se efectiva (haya vista las substanciales relaciones comerciales entre los EUA y la Venezuela). En ese sentido, no es posible afirmar hasta el momento que la ALBA – iniciativa lanzada por los “refundadores” – tenga dado resultados más efectivos y substanciales que los intentos de formación de la UNASUR o de relanzamiento del Mercado Común del Sur (Mercosur) – iniciativas propuestas originalmente por “renovadores”. Las dificultades de la integración latinoamericana siguen vigentes en todos los casos e iniciativas, e intentos más concretas y promisoras (como la institución del Banco del Sur, con inversión de diversos países sudamericanos) son apoyadas por

“gobiernos progresistas” de todos los matices, sin distinciones. De cualquier forma, el debate en torno del “balance” de los “gobiernos progresistas” está solamente empezando.

Perspectivas de reproducción de la “marea rosa”

Ahora que algunas características de los “gobiernos progresistas” fueron analizadas, se puede ir un poco más adelante. Con base en llaves analíticas apuntadas hasta aquí, me dedico en las próximas páginas a la arriesgada tarea de discutir las perspectivas de reproducción en el futuro próximo de la “ola” de izquierda en América Latina.

La crisis económica no afectó a América Latina con la intensidad que se podría esperar cuando de su eclosión en 2008. Ella efectivamente se ha manifestado en la región, especialmente en los primeros meses de 2009. Sin embargo, en el segundo semestre grande parte de los países latinoamericanos pudo superarla enseguida a la implantación de diversas medidas anti-cíclicas. Países como Bolivia y Ecuador no llegaron a entrar en recesión, mientras otros como Brasil retomaron el crecimiento en los últimos meses. La “nota disonante” fue dada por Venezuela, atingida por la crisis tardíamente, pero con fuerza, y que vahe enfrentando problemas de recesión, inflación y crisis energética (Domingues, Silva, 2010).

Cuando la crisis económica empezó a manifestarse, se podría cogitar que ella afectaría el desempeño y la evaluación de los “gobiernos progresistas”, y sería así el “estopín” de la reversión de esa tendencia regional. Sin embargo, eso no fue notado con clareza hasta aquí. Pinheiro (2009) muestra que no hubo relación entre la crisis e índices que miden la popularidad de los presidentes y la estabilidad política regional. Así, se pueden refutar argumentos de que la crisis iría llevar la ciudadanía a “punir” los gobernantes de turno (mismo que ellos no tuviesen responsabilidad en ella, en la medida que su epicentro se ubicó en los países centrales), e incrementaría la inestabilidad institucional de la región.

En Domingues y Silva (2010), hicimos un balance de los resultados electorales de los últimos meses en la región. A partir de ello, se puede sugerir que las victorias electorales asociadas a las izquierdas fueron más numerosas que las relacionadas con la derecha. Entre ellas, se debe ubicar la aprobación en referendo de la nueva Constitución de Bolivia en enero de 2009, y de la emenda constitucional que permite reelecciones indefinidas en Venezuela en el mes siguiente; la victoria de Funes en El Salvador en marzo; la reelección de Correa en Ecuador en abril; la elección de Mujica en Uruguay en noviembre; y la reelección de Morales en Bolivia en diciembre. Por otro lado, los resultados electorales que beneficiaron a la derecha fueron la elección de Ricardo Martinelli para presidente del Panamá en mayo del 2009; la derrota de la versión “progresista” del peronismo en las elecciones parlamentarias del mes siguiente; y finalmente la (más significativa) victoria de Sebastián Piñera en las elecciones presidenciales chilenas de enero de 2010, poniendo fin a veinte años de gobiernos concertacionistas.

Con todo eso, se puede sugerir que el ciclo de izquierdas empieza a vivir un desgaste que, sin embargo, no se manifiesta en la forma de una “derrocada”. El fenómeno parece guardar una relación apenas moderada con la crisis económica global, siendo, más que eso, fruto de impasses “naturales” después de (en algunos casos) una década de “gobiernos progresistas”. No se debe

esperar que en democracia una tendencia política se perpetúe en el poder, y el surgimiento de alternativas y la alternancia de poder son más que saludables. Insuficiencias y límites de proyectos y políticas parecen llevar algunos “gobiernos progresistas” a enfrentar dificultades en mantener sus amplias votaciones, garantizar mayorías parlamentarias y elegir sucesores. Dos casos nacionales pueden ilustrar el argumento.

En Chile, la derrota de la Concertación podría ser atribuida antes de todo al agotamiento de la coalición. En cierta medida, su “suceso” la tendría matado, en la medida que su razón de ser fue en primer lugar realizar la transición y, enseguida, mejorar los indicadores sociales legados por la dictadura, “humanizar” el modelo chileno. Se puede sugerir que, en la medida que esas metas fueron alcanzadas, la coalición no ha sabido reinventar su proyecto, ir más allá de ello. El gobierno de Bachelet (y su aprobación popular) podría ser comprendido como el punto máximo al cual la alianza pudo llegar, y al mismo tiempo el principio de su disolución. La asunción de Bachelet, hasta entonces sin proyección en la máquina partidaria del PSCh, ya había señalado en ese sentido, en la medida que ella constituyó un fenómeno de popularidad que, finalmente, los partidos de la Concertación tuvieron que aceptar. Llegando al poder, ella gobernó prescindiendo de ellos, en medio a un creciente descontento de la ciudadanía en relación a la política (Huneeus, 2010). Finalmente, mientras los partidos de izquierda y centro se encontraron inmersos en graves crisis y divisiones internas y presenciaron el agotamiento del proyecto concertacionista, la derecha parece haber conseguido “reinventarse” por lo menos en alguna medida, alejándose del legado pinochetista, buscando alianzas al centro y la modernización de su discurso, calcado en propuestas de “cambio”, incremento del empleo y eficiencia administrativa.

Ya en Venezuela, se percibe en los últimos meses una deterioración de la situación política. Como fue dicho, el país fue impactado tardía y fuertemente por la crisis, y más recientemente parece haber un efectivo incremento de la inestabilidad. En medio de protestas opositoras crecientes, Chávez parece estar asumiendo un tono más violento en sus declaraciones. Mientras tanto, su gobierno parece dar señales de falencia administrativa y de su proyecto, con la salida de diversos ministros y el deterioro de servicios públicos. En ese país, la crisis económica parece tener más relación con ese principio de crisis política. Sin embargo, los problemas del chavismo son mucho más grandes y más complejos. Si la crisis económica impactó más fuertemente a ese país, fue porque el gobierno de Chávez después de una década no ha sabido revertir la situación de dependencia de la economía venezolana en relación al petróleo, principal ítem de exportación del país y que financia la creciente importación de casi todo que se consume. Así, la incapacidad para enfrentar ese elemento estructural del país finalmente está cobrando la factura más una vez, después de la derrocada de los precios de las *commodities* en el mercado internacional. A eso parece sumarse la insistencia del gobierno en cambiar rumbos y proyectos a todo el momento, bloqueando la “normalización” del proceso de “refundación” y el desarrollo de políticas públicas progresistas que efectivamente enfrenten los problemas sociales del país.

Con eso, se puede concluir que la tendencia “progresista” permanece en cena, pero ella no se manifiesta con la misma intensidad de la década pasada. Es posible especular que ella va a convivir en los próximos años con una tendencia de centro-derecha “modernizada”. Esperando que eso no sea un acto de *wishful thinking*, puede notarse que va surgiendo una “nueva derecha” *aggiornada* – que podría ser simbolizada tanto por Piñera cuanto por Martinelli. De la misma forma que las “nuevas izquierdas” no superaron totalmente el legado neoliberal de los

años 1990, preservando algunos de sus aspectos y combinándoles con elementos progresistas, se puede esperar que esa “nueva derecha” mantenga características de la última “década progresista”. Por ejemplo, que ella siga invirtiendo en los amplios programas sociales, que acepte un peso más grande del Estado y de las políticas anti-cíclicas, y que no abandone totalmente los más recientes proyectos de integración de la región. En suma, una derecha que no podría más ser exactamente (o tan sólo) neoliberal, y mucho menos retornar a su mayoritario autoritarismo anterior.

Así, mi sugerencia es que en los próximos años va trabarse una batalla entre la “nueva izquierda” y una “nueva derecha”, que no necesariamente deberá encontrar un claro vencedor. Ambas pueden convivir y alternarse en el poder. La expectativa es que un tercer grupo no se junte a esas dos. Esa tercera fuerza sería una nueva versión de autoritarismo latinoamericano, que podría manifestarse en los países más inestables de la región. Eso se manifestó en Honduras, donde en junio de 2009 el presidente Manuel Zelaya, elegido por el Partido Liberal (PL), pero convertido posteriormente en aliado de Chávez, fue derrocado por los militares con el apoyo y participación de la mayoría de los políticos locales. La razón alegada por los golpistas fue la pretensión del presidente de realizar una consulta popular (sin carácter vinculante) acerca de la posibilidad de reelección. Algo semejante podría repetirse en el Paraguay, que viene enfrentando problemas de gobernabilidad crecientes. A las previsible dificultades del gobierno en gestionar un Estado dominado por el Partido Colorado (PC) por más de seis décadas y de controlar una base parlamentaria heterogénea y por veces hostil, se sumó el escándalo de la divulgación de diversos casos de paternidad, ocurridos cuando Lugo todavía era bispo. El presidente ya tuvo que demitir seguidas veces a los comandantes de las Fuerzas Armadas, en medio a un creciente rumor de golpe militar (Domingues, Silva, 2010). Se espera que el evento hondureño tenga sido un caso excepcional, y que no va a inspirar otros procesos semejantes.

Para concluir, considerando que el “ciclo progresista” no será eterno, se puede discutir el legado que él podría dejar a largo plazo, en términos de cambios más propiamente estructurales en sus sociedades. Para eso, puedo retomar algunos ejes analíticos introducidos anteriormente. Me referí a la “crisis de hegemonía” manifestada en países como Venezuela, Ecuador y Bolivia, que estuvieron en el cerner del surgimiento de alternativas “refundadoras” en esos países, propugnadoras de una reorganización de la política. Alternativamente a la utilización del concepto de “populismo” como eje para analizar esas izquierdas y sus gobiernos, considero que en Venezuela y Ecuador el “empate catastrófico” de fuerzas sociales y políticas, surgido en medio de la crisis hegemónica, tendría resultado, hasta el momento, en experiencias de liderazgos “heroicos” que constituyeron formas de “cesarismo progresista” – con algunos elementos “jacobinos” en su manifestación. Según Gramsci, “o cesarismo é progressista quando sua intervenção ajuda a força progressista a triunfar, ainda que com certos compromissos e acomodações que limitam a vitória” (2002, v.3, p. 76). Ya en Bolivia, a pesar de ciertos aspectos de “arbitraje” presentes también en el liderazgo de Morales y en la actuación del MAS, los nuevos grupos sociales y políticos en el poder son los que más podrían ser tratados como constructores potenciales de una nueva hegemonía y consenso, configurando un nuevo “bloque histórico”, que no es nada más que la identificación concreta y sin contradicciones de fondo entre nuevos contenidos económico-sociales y nuevas formas ético-políticas (Gramsci, 2002, v. 1, p. 308).

Así, el eje sería la capacidad de los “refundadores” en progresar de las mayorías momentáneas formadas por ellos a la efectiva construcción de un nuevo “bloque histórico”. En ese sentido, se puede sugerir aquí una diferenciación interna. Si el caso boliviano se caracterizaría por su “organicidad”, mientras los casos venezolano y ecuatoriano constituirían fenómenos de “cesarismo progresista”, en el primero el elemento “cambio” tendría un potencial más grande, tanto de desarrollo cuanto de reproducción en el tiempo. Habría así más motivos para esperar que las transformaciones ocurridas en Bolivia puedan tener más permanencia, más allá de la administración de Morales y del MAS. Mientras tanto, es más difícil prever lo que podría permanecer, por ejemplo, del largo y desgastante proceso liderado por Chávez. En medio a la crisis actual manifestada en Venezuela, radicalizar aún más el proceso podría alejarlo de bases sociales que todavía lo apoyan. Por otro lado, buscar institucionalizar avances y normalizar las relaciones con las oposiciones podría preservar en el largo plazo gran parte de los cambios llevados adelante en la última década (pero para eso Chávez tendría que reconocer que su ciclo vahe agotarse en algún momento, algo difícil para un liderazgo con su perfil).

Por fin, en los países donde los señales de agotamiento del neoliberalismo se manifestaron con menor intensidad, o estuvieron descolados de otras disgregaciones institucionales (como Brasil, Chile, Uruguay, Nicaragua, El Salvador y al fin hasta mismo Argentina), es probable que elementos del paradigma neoliberal permanezcan con más intensidad y por más tiempo en el repertorio de los bloques de poder que van configurándose, mezclados a propuestas más o menos alternativas y heterodoxas. Eses bloques de poder no se configuran como “nuevos” y potencialmente constructores de una nueva hegemonía, estando “bloqueados” de diversas maneras (Domingues, 2009, p. 192)⁴. Sin embargo, no cabe desmerecer los cambios más lentos y suaves implantados por los gobiernos que buscan con más énfasis el consenso. Por lo que fue afirmado sobre el caso venezolano, podría hasta mismo ocurrir que esos cambios, aunque de naturaleza distinta, tuviesen más grandes posibilidades de reproducirse en el largo plazo. Eses gobiernos más “moderados” no cambiaron sus sistemas políticos y sociedades en todas sus dimensiones, pero podrían ser reconocidos más adelante (uno ejercicio más de *wishful thinking*?) como inauguradores de un lento, pero consistente proceso de enfrentamiento de los problemas sociales y de reinserción internacional de sus países.

Referencias

ANASTASIA, Fátima, RANULFO, Carlos, SANTOS, Fabiano (2004). *Governabilidade e representação política na América do Sul*. Rio de Janeiro: Konrad Adenauer, São Paulo: UNESP.

BOBBIO, Norberto (1995). *Direita e esquerda – razões e significados de uma distinção política*. São Paulo: Unesp.

CASTAÑEDA, Jorge (2006). “Latin America’s left turn”. *Foreign Affairs*, maio/junho.

⁴ Entre los casos considerados más “moderados”, tal vez en el chileno fuese posible apuntar más claramente la presencia de elementos de lo que Gramsci llamó “transformismo”, en lo cual sectores que aparentaban ser irreconciliablemente enemigos van hundiéndose en una amplia clase dirigente.

_____ (1994). *A utopia desarmada – intrigas, dilemas e promessas da esquerda latino-americana*. São Paulo: Companhia das Letras.

DOMINGUES, José Maurício, SILVA, Fabricio Pereira da (2010). “A América Latina em 2009”. In: Paulo Verano (org.). *Enciclopédia Barsa. Livro do ano 2010*. São Paulo: Barsa Planeta Internacional.

_____ (2009). *A América Latina e a Modernidade Contemporânea: uma interpretação sociológica*. Belo Horizonte: Editora UFMG.

DUVERGER, Maurice (1970). *Os Partidos Políticos*. Rio de Janeiro: Zahar.

GRAMSCI, Antonio (2002). *Cadernos do cárcere*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 6 v.

GUNTHER, Richard, DIAMOND, Larry (2003). “Species of political parties: a new typology”. *Party Politics*, v. 9, n. 2.

HUNEEUS, Carlos (2010). “Las elecciones del 2009 y el peso del continuismo”. *Mensaje*, n. 586.

KIRCHHEIMER, Otto (1966). “The transformation of the Western European party systems”. In: Joseph LaPalombara, Myron Weiner (eds.). *Political parties and political development*. Princeton: Princeton University Press.

LANZARO, Jorge (2009). “La socialdemocracia criolla”. *Análise de Conjuntura OPISA*, n. 3.

LIMA, Maria Regina Soares de (org.) (2008). *Desempenho de governos progressistas no Cone Sul: agendas alternativas ao neoliberalismo*. Rio de Janeiro: Edições IUPERJ.

LINZ, Juan, STEPAN, Alfred (1999). *A transição e consolidação da democracia – a experiência do Sul da Europa e da América do Sul*. São Paulo: Paz e Terra.

MOREIRA, Carlos, RAUS, Diego, GÓMEZ LEYTON, Juan Carlos (coords.) (2008). *La nueva política en América Latina: rupturas y continuidades*. Montevideu: Flacso Uruguay, UNLa, Arcis, Trilce.

O’DONNELL, Guillermo (2004). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Punto Sur.

PANEBIANCO, Angelo (1988). *Political parties: organization and power*. Cambridge: Cambridge University Press.

PANIZZA, Francisco (2006) “La marea rosa”. *Análise de Conjuntura OPISA*, n. 8.

PETKOFF, Teodoro (2005). *Dos izquierdas*. Caracas: Alfadil, 2005.

PINHEIRO, Flávio Leão (2009). “Efeitos da crise financeira internacional e o atual ciclo eleitoral na América do Sul”. *Observador On-Line*, v. 4, n. 11.

SADER, Emir (2009). *A nova toupeira: os caminhos da esquerda latino-americana*. São Paulo: Boitempo.

SANT'ANNA, Júlia, SILVA, Fabricio Pereira da (2008). “Esquerdas latino-americanas e gasto social: há coerência entre propostas e práticas?” *Revista Debates*, v. 2, n. 1.

SILVA, Fabricio Pereira da (2009). “Izquierdas latinoamericanas: ¿una tipología es posible?”. XXI Congreso Mundial de Ciencia Política (IPSA). Disponible en paperroom.ipsa.org/papers/paper_318.pdf.